JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
F. BORRAS

N.º de la procedencia

ABATI

CAUSA CRIMINAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAUSA CRIMINAL

MONÓLOGO EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ABATI

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 12 de Marzo de 1897

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

721536

Al primer letrado que defendió y ganó esta causa, D. José Rubio

su amigo

El Autor

PERSONAJES

JULIO VALCÁRCEL (abogado)..... Sr. Rubio.
UNA CRIADA que no habla..... Sra. Rodríguez.
UN LORO que habla.

La acción en Madrid. — Época actual

Derecha é izquierda, las del acto

Este monólogo satisfará en cada teatro la mitad de los derechos correspondientes á una pieza en un acto.

ACTO ÚNICO

La escena representa una habitación muy modesta en una casa de huéspedes Puerta al foro. Ventana practicable á la derecha en segundo término, con una repisa en que estará colocada una jaula grande con un loro. Mesa de despacho en primer término derecha, colocada de costado al espectador; encima de esta mesa, escribanía, papeles, libros, etc. Otra mesa cualquiera en segundo término izquierda. Un baul mundo muy grande en primer término izquierda. Encima de la mesa que va en segundo término izquierda un busto antiguo de hombre, tamaño natural y color bronceado, que se supone representa á Justiniano. En una percha una capa colgada. Sillas, sofá, etc. Todo muy modesto. Sobre la mesa de despacho algunos libros, papeles, un legajo grande y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

JULIO solo. Al levantarse el telón aparece Julio sentado ante la mesa de despacho, con los codos apoyados sobre la misma y la cabeza entre las manos, leyendo el legajo atentamente. Vestirá traje oscuro de chaquet ó americana, y tendrá puesto un gorro negro de forma redonda parecido á un birrete

JULIO (Leyendo.) «Robo y asesinato con las agravantes de premeditación, ensañamiento, alevosía, escalamiento, nocturnidad, fractura, reincidencia, fraude y abuso de confianza.» (Hablando.) ¡Una friolera! (Leyendo.) «Habiendo incurrido el procesado Serafín Cabeza en la pena de muerte en garrote, con accesorias y costas del proceso é indemnización

civil correspondiente.» (Hablando.) ¡Otra friolera!... Pida usted algo, señor fiscal... ¡Ah!... Pero nos veremos... Yo sabré rebatir sus argumentos, caballerito... ¡Yo sabré conmover al tribunal! ¡Pues no faltaba más!... Esta me dejo cortar (Acción de cortarse el cuello.) si no consigo que le rebajen á mi defendido las accesorias, las costas y la indemnización, ó sea casi toda la pena... aunque mantengan lo de darle garrote, que sí lo mantendrán, pero eso es lo de menos. Yo necesito lucirme y me luciré. (Saca un cigarrillo de papel y una caja de cerillas.) Ya verán, ya verán quién es Julio Valcárcel, (Enciende una cerilla, que mantiene distraído en la mano mientras habla.) el abogadito novel desconocido y modesto, que pronunciará mañana ante los Tribunales su primer informe en el célebre crimen de la calle del Pez, que tanta expectación ha producido. Mañana alcanzaré un triunfo ruidoso, mi nombre será repetido por todos los labios, saldré del montón... Nada, está dicho; mañana seré célebre, ingresaré en la clase de *lumbreras;* á mí me parece que soy muy listo... bastante ingenioso... regularmente osado... siento entusiasmo... siento fuego... (Se quema los dedos con la cerilla y la tira haciendo gestos.) mucho fuego. (Enciende el cigarro con otra cerilla.) Además, yo he nacido para lo criminal, no cabe duda... las brutalidades me encantan, lo trágico me inspira... la sangre me embriaga... pocos letrados reunirán tantas condiciones... fuego, inspiración y embriaguez... Con esto y su poquito de palabra mágica... porque mi palabra es mágica, ya tengo asegurada la victoria. Mi defendido morirá, ¿quién lo duda? ¡Pero morirá agradecido y sonriente!... ¡Pobre de él como no muera sonriente!... ¡Le ahogo! Veamos... (Leyendo el legajo.) «Declaración. Francisco Expósito, tabernero. Preguntado acerca del hecho de autos, manifestó no saber absolutamente nada.» (Hablando.) Esta ingeniosa declaración ha sido inspirada y

preparada por mí. (Sigue hojeando.) Otra. (Leyendo.) «Antonio Pérez, fabricante de churros. Preguntado etc., manifestó que hallándose en cinta su mujer...» (Hablando.) También inspirada y preparada por mí... (Leyendo.) «No pudo enterarse de nada á causa de los berridos que daba el recien nacido.» (Hablando.) ¡Ingeniosísimo! (Hojeando.) Otras declaraciones... bien... ¡Ah!... mi escrito de conclusiones... difiere algo de la petición fiscal... Califico el hecho de imprudencia temeraria ó temeridad imprudente; á elegir; y pido que se condene al Cabeza á dos meses de arresto menor y se declaren las costas de oficio. Esta calificación me ha de valer muchos plácemes por su novedad y porque revela... El procurador me dijo ayer que revela muy poca vergüenza, pero yo no le hago caso y no pienso modificarla. *Audaces fortuna juvat* y el que no mama no llora... digo no, al contrario, el que no mora no llama... tampoco... (Suenan golpecitos en la puerta.) ¿Eh?... ¿Quién llora?... ¡Dale!... ¡Qué lío!... ¿Quién llama?... ¡Adelante!... (Cierra el legajo.)

ESCENA II

DICHO y LA CRIADA, que entra por el foro, llevando sobre el brazo una toga de abogado y en la mano un birrete. En la otra mano un papel doblado. Avanza hacia la mesa de Julio

JULIO ¡Ah!... ¿Eres tú, Venancia?... ¿Me traes la toga, eh? (Se levanta, acercándose á la criada.) Muy bien. (Toma la toga.) ¡Excelente corte... buen terciopelo... se ha portado mi sastre... qué bonita es!... (Bruscamente, dirigiéndose á Venancia, y accionando de un modo trágico.) ¡Oh... la toga!... (Venancia retrocede asustada.) ¡La inmensa toga... la imponente, la severa toga... emblema sacrosanto de la justicia, del derecho y de la virtud!... (Transición.) Toga... digo, toma. (Dándosela á Venancia.) Colócala con cuidado sobre el sofá... Dame el birrete. (Lo toma Venancia

coloca la toga en el sofá.) Veamos el imponente birrete .. el inmenso birrete. (Se le pone y le está grande.) ¡Cáspita... y tan inmenso!... ¡Como que se me cuela hasta el cogote!... ¡Bueno... le pondré un pliego de papel... de papel sellado, que es el que le cuadra á tan elevado distintivo. (Lo hace rápidamente poniéndose otra vez el gorro, y deja el birrete sobre la mesa.) ¡Al pelo!... (Venancia vuelve al proscenio con el papelito en la mano.) ¿Qué es eso? (Lo coge.) ¡Hombre, la cuenta de la lavandera!... Bueno... está bien... (Le deja sobre la mesa.) hoy no puedo ocuparme de cosas tan vulgares. (Venancia hace ademán de hablar.) No... no me digas nada, no me distraigas... calla... Sal, Venancia; déjame Venancia; desparece, Venancia. (Medio mutis de Venancia.) ¡Ah!... escucha... (Venancia vuelve.) Dirás á doña Ramona que mañana es el día del juicio. (Movimiento de asombro de Venancia.) No... no te asustes... ya sé lo que vas á decirme... que si se acaba el mundo, ¿eh?... Pues no se acaba. Hablo del juicio oral que tengo en las Salesas, ó para que lo entiendas mejor, defiendo mañana á ese carbonero de la calle del Pez, que mató á un caballero, dos niños de teta, tres de los otros, y un ama de cría primeriza, á la cual mi defendido dejó *seca*, vamos... en el sitio. ¿Comprendes ahora? Bueno. Pues se lo dices á tu señora, y cuidadito con olvidarse. Nada más. Déjame solo y no hagáis mucho ruido, porque me queda bastante que estudiar y necesito silencio para abstraerme y ver por dónde puedo meterle mano al carbonero... ó sea... á su asunto. He dicho, Venancia. Aquella es la puerta. (Vase Venancia.)

ESCENA III

JULIO solo, paseándose por la escena

¡Qué augusto sacerdocio! ¡Qué noble misión la nuestra! Defender al vicio contra la virtud... no... á la virtud contra... eso es... arran-

carle al verdugo su presa... es decir, su preso, porque se trata de un hombre... pulverizar á un fiscal, persuadir á un tribunal, conmover á un auditorio... devolver á la sociedad un miembro podrido para que le fumigue y le redima... nada más santo... nada más grande... eso haré yo mañana. Sin embargo, hay momentos en que vacilo... dudo... podría emocionarme demasiado... cortarme, y si me corto... no salgo del montón. Al fin y al cabo es la primera vez que informo, y la solemnidad del acto... lo imponente del tribunal... la responsabilidad... ¿quién sabe?... (Preocupado.) Sería horrible... pero, ¿cómo evitarlo?... Si yo pudiera ensayar... ¿por qué no? ¿Quién me lo impide?... ¡Eso me daría aplomo, confianza!... Sí, sí. ¡Ea! Manos á la obra; ensayo general con todo, como dicen en el teatro... Preparemos la escena... Primero el estrado... la mesa para los magistrados... (Coloca la de la izquierda dando frente al público. En el centro de la escena.) Aquí detrás el sofá. (Le coloca detrás de la mesa, y la toga, la pone en una silla.) Muy bien... yo en ésta... no hay que tocarla. (Indicando la mesa de despacho.) En frente el fiscal... el caso es que se han acabado las mesas... (Mirando alrededor.) no importa... el baul... el fiscal en el baul. (Le coloca frente á la mesa de despacho.) Ahora el presidente. (Cogiendo el busto.) Justiniano... Algo morenucho resulta... un presidente mulato. (Coloca una silla sobre el asiento del sofá y en ella el busto que sobresale así por detrás de la mesa.) Ajajá... su toga y su birrete... (Le pone la capa que estaba en la percha y el gorro que tenía en la cabeza.) Está muy propio. ¿Qué falta?... ¡Ah!... el acusado... el miembro podrido... También le tengo... (Coge el loro.) El loro de doña Ramona. (Le coloca delante de la concha del apuntador y cerca de ella.) ¡Qué cara de bandido! Parece un pájaro de cuenta... Allí en frente el público. (Señalando al público.) Un público distinguido y simpático... Ahora yo... (Se pone la toga y el birrete.) Debo estar muy mono... muy interesante...

Veamos. (Se retira al lado izquierdo de la escena todo lo posible) Abrese la sesión. Entra el fiscal con cara de vinagre. (Imita el gesto indicado, se sienta un instante ante el baul y vuelve a levantarse, retirándose de nuevo á la izquierda.) Entro yo... fisonomía dulce .. continente severo... aspecto inteligente... andar reposado y solemne. (Da un gran tropezón y pierde el equilibrio.) ¡Canario! (Se repone y cruza solemnemente ante la mesa que figura el Tribunal, saludando al pasar con el birrete. Se sienta en su mesa.) Dejemos los preliminares. Comienza el desfile de testigos. Ya han declarado varios. Comparece Cesárea Martínez... hermosa mujer... es de cargo... ojos negros... pelo negro... conducta *al pelo*, como dicen en las cédulas. A Justiniano se le encandilan los ojos. (Dirigiéndose á la testigo imaginaria.) ¿Puede decirme la testiga, (Rectificando.) la testigo, si ha tenido padres más ó menos decentes?... La testigo vacila... de seguro... quizá no conteste... yo no insistiré... Está bien. (Dirigiéndose al busto.) Llamo la atención del Tribunal acerca de ese significativo silencio. Dígame la testigo. ¿Sabe ó ha oído referir que el procesado Serafín Cabeza gastase calzoncillos de franela y que se los mudaba cada cuatro meses?... (Dirigiéndose á sí mismo.) Esto daría mucha luz. Pero ya estoy viendo gritar indignado al fiscal. (Pasando rápidamente á sentarse ante el baul.) Esa pregunta es capciosa, señor presidente. Aperciba al letrado. (Gritando mucho.) El presidente dirá. (Colocándose detrás del busto, levantándole y agitándole, semejando una persona enfadada.) Orden, orden. Yo replico. (A su sitio.) La pregunta que acaba de hacer la defensa es perfectamente simple y no tiene nada de capciosa. (Pasando al sitio del fiscal.) ¿Cómo que no? (Dando un puñetazo fuerte en el baul. Volviendo á su sitio.) Como que no. (Dando otro puñetazo en la mesa. Voviendo al busto y repitiendo el juego anterior.) He dicho que orden en las partes. (Al sitio del fiscal.) Insisto en que la pregunta pertenece al fuero interno que es sagrado.

(Vuelve á su sitio.) El Ministerio fiscal confunde lastimosamente el fuero interno con la ropa interior. (Vuelve al sitio del busto.) Basta. Repito que orden ó desalojo la sala. Desista el letrado de su pregunta y no fuerce á la testigo. (A su sitio.) Desisto, señor presidente, pero protesto de indefensión. (A sí mismo.) Entran otros testigos. Termina la prueba. Informa el fiscal. Oración fogosa, dura y cruel. El loro... digo, el acusado se extremece. Llega el momento solemne. (Al sitio del presidente.) El abogado defensor tiene la palabra. (A su sitio.) Expectación; silencio profundo .. no se siente una mosca... (Al decir esto, se oye dentro gran estrépito de cacharros que se rompen, voces de mujeres que disputan acaloradamente y fuertes campanillazos.) Bueno... no se debía sentir una mosca. (Cesa el ruido.) Comienzo. (Tose, se limpia con el pañuelo la frente y se estira los puños de la camisa. El informe le pronunciará sentado y solo en algún período que queda á su juicio, se levantará breves momentos.) A la Sala: Conmovido y atónito... conmovido y atónito... he escuchado la sólida pero frágil acusación fiscal... acusación fiscal. Es un negro edificio sin pimientos... (Rectificando.) sin cimientos... (A sí mismo.) Menuda frasecita! (Continuando.) Un castillo de naipes que se hace cisco al soplo del más suave vendabal. (A sí mismo.) Pues ¿y esta? Ese hombre que tenéis delante, ese desgraciado que se sienta en el duro banquillo, no es criminal, no puede serlo, no debe serlo, no quiere serlo. Basta mirarle para convencerse. Lo dice su aspecto candoroso, su actitud humilde, su triste silencio...

LORO (Cantando.) Zapatero, tero, tero, que mete la lezna por el agujero. (Con música de «El señor Luis el tumbón.» La voz del loro se imitará desde la concha del apuntador.)

JULIO (Amenazándole.) Psch... silencio... majadero... Prosigo. Padre de una numerosa familia... (A sí mismo.) No... esto no, porque es soltero... hijo de una numerosa familia... se dedicó al oscuro oficiode la carbonería. Su malogrado

padre era confitero, pero muy decente sin embargo. Como es natural, el medio ambiente del establecimiento dulcificó el carácter de Cabeza (hijo). Nadie podía esperar de él un hecho criminoso. Pero ¡ah!... Cierto día aciago y nefasto .. recordarlo apena. Serafín mató, Serafín robó. Sí, mató á su casero, al cual le debía once mensualidades... Esto de las mensualidades constituye una circunstancia atenuante, porque revela mucha constancia y acendrado cariño á la finca en que habitaba. El casero apareció asfixiado, y ¿quién os dice, señores magistrados, que el procesado no le mató distraído al darle un apretado abrazo? Que le abrazó demasiado tiempo; eso es todo. ¿No mató Nerón á Britanicus de la misma manera? A la vista del cadáver, Cabeza se ofuscó, se cegó, y ya puesto á ello se entretuvo en matar á los cinco niños que tenía su víctima, dos de pecho y tres naturales... (A sí mismo.) No... esto parece cosa de tauromaquia... diré ilegítimos en vez de naturales. Luego despabiló á la nodriza. Pero justo es reconocer en descargo del acusado que cuando no quedó nadie en la casa se contuvo y cesó de matar. Respecto al robo, no está probado, pues si se llevó algún dinero consta que fué para pagar las once mensualidades que debía. Ahora bien, señores magistrados, ¿es para escandalizar á nadie semejante hecho? ¿No ocurren otros análogos diariamente? ¿No hay en esta capital un exceso de población que conviene reducir? Pedís la pena de muerte para ese hombre. ¿Y por qué? ¿Porque ha matado á cinco niños? Pues bien, yo pregunto, ¿si hubiera matado á diez niños no le condenaríais á muerte? Seguramente. Luego, si sólo mató la mitad, sólo media pena de muerte le corresponderá ó no hay lógica en el mundo. ¡Ah, señores magistrados!.. Si queréis la cabeza de Cabeza tomadla... yo os la ofrezco... él os la cederá gustoso. Pero, ¿qué vais á hacer con ella?

En cambio la justicia de allá arriba (Levantando el dedo índice hacia el techo.) como la de aquí abajo (Señalando hacia abajo. Al hacerlo mete distraído el dedo en el tintero.) os pedirán estrecha cuenta. (Nota lo del dedo y se limpia con el pañuelo.) No, pero no lo haréis. No aumentareis el dolor de Cabeza, ya tan grande que no se puede soportar. Yo apelo á vuestros humanitarios sentimientos. Pensad que hay una pobre mujer... una madre... que llora desolada en este instante... ¿no percibís sus lamentos? ¿No escucháis sus gemidos? (Se oye á Venancia entonar una canción alegre y machacar en el almirez.) ¡Pero qué oportuna es esta criadita! (Venancia acaba la canción.) Que no gima, señores magistrados, que no gima... yo os lo suplico. Voy á terminar, pues no quiero cansaros. Aunque no parezca pertinente ni sea propio de una oración forense, permitidme que haga constar un hecho que puede influir en vuestro ánimo para inclinarle á la clemencia. El acusado no es un imbécil, no es un ente vulgar, no es un animal, señores. ¡El acusado, ¡asombraos! ¡hace versos! Ha escrito en la cárcel una breve y sentida poesía que aunque con ligeras imperfecciones denota envidiables aptitudes y un alma tiernísima. Pensad, por lo tanto, antes de condenarle, que podríais privar á vuestra patria de un gran artista, hoy en formación. La poesía es esta. (Coge un papel. Leyendo.) «Calcetines, ocho; elásticas...» no, no. . aquí está. (Coge otro y lee.)

En esta cárcel oscura
estoy sumamente aburrido,
y á mí se me figura
que mi delito tan grande no ha sido,
y perderé el sentido.

—

Adiós, querida madre.
Adiós, no te veré.
Recuerdos á mi padre,
y á Paco y á José.

Y sigue dando recuerdos á otros parientes y amigos... pero en prosa. Nada más tengo que añadir, señores magistrados. Sostengo mis conclusiones y pido á la Sala desestime en absoluto la petición fiscal. Ahora vosotros juzgaréis á ese desgraciado, y si, como espero, sois clementes, la sociedad en masa os llamará justicieros, y á mí, que lo solicito, me llamará...

LORO Borracho... Morral...

JULIO ¿Sí? ¿Otra vez? (Le tira un libro.) ¡Estúpido!... ¡Mamarracho!... (Se levanta.) Ahora verás... (Le coge.) Al calabozo por desacato... (Abre el baul y le mete dentro. Llaman á la puerta.) ¿Quién? Ya voy... (Abre, y Venancia le entrega una carta retirándose en seguida.) Una carta... (Viene al proscenio.) Es del procurador. Veamos. (La abre. Leyendo.) «Amigo Valcárcel. Se ha quedado usted sin vista...» ¿Cómo? (Se pasa la mano por delante de los ojos.) «Su defendido acaba de fallecer á consecuencia de un cólico cerrado.» (Con desaliento.) ¡Ah, bruto!... Pues me fastidió.... ¡Un cólico cerrado! (Con rabia.) ¿Y qué han hecho que no se le han abierto? Ahora, ¡adiós, mi gloria! ¡adiós, mis ilusiones! ¡adiós, mi dinero! ¡Un crimen tan brillante, tan bonito, tan redondeado! ¿Cuándo me veré en otro? Este golpe me abruma, me desalienta, me mata. No hay consuelo para mí... es decir... sí... una sola cosa puede consolarme. (Al público.)

Que ustedes, si están de humor
y este ensayo les agrada,
pronuncien en mi favor
la sentencia... Una palmada
para mí y para el autor.

TELON